

cuenta á casa de un D. Judas Cataratas, y pensó si sería el mismo; por salir de dudas, le preguntó:

—¿Usted se llama D. Judas Cataratas?

—Servidor de V.

—Ya tengo noticias tuyas.

—No es difícil; el tráfico que traigo, hace que me conozcan muchas personas que tienen necesidad de mí.

Un fuerte campanillazo que resonó en la puerta de la calle, hizo temblar á la marquesa en su asiento.

—¡Este es el amo! murmuró D. Judas, levantándose para salirle al encuentro.

Efectivamente salió á la sala.

—¿Dónde está la marquesa? le preguntó Tragabombas.

—¿Qué marquesa?... no sé de quién me hablas.

—De la marquesa de Blancarosa, que me aguarda aquí, segun acaba de decirme su criado.

—¡Válgame el cielo!... entonces será una tapada que está en el gabinete..... ¡buena la hemos hecho! ¡y yo que he hablado de ellos, y su hijo, sin conocerla quizá, ha estado á empeñar unas alhajas!....

—¡Qué torpeza!... ¡á quién se le ocurre nombrar personas sin saber con quién se habla!....

—Verdaderamente ha sido una necedad; y no sé por qué su voz no me es desconocida!.... ¡Quisiera verla la cara!

—¡Estará furiosa! creo que es un basilisco.

—Sea como quiera, me alegraría conocerla.

—Como no sea por entre las cortinas de la alcoba, imposible; porque nuestra entrevista ha de ser secreta.

—Bien: yo la veré de cualquier modo; no tardes mucho, que se impacientará.

—¿Hace mucho que me espera?

—Media hora, lo mas.

Judas fué á dar la vuelta por la alcoba con objeto de ponerse en observacion y conocer á la marquesa; y Tragabombas, entrando en

el gabinete con el sombrero en la mano, se acercó á ella, pretendiendo aparentar una finura que no tenia.

Iba vestido con elegancia, ó mejor diremos, con riqueza; pero con mal gusto. Su levita, de finísimo paño, no era del mejor corte, ni el pantalon marcaba el aire distinguido que dá á la ropa la maestra tijera de un sastre afamado.

Llevaba un caudal en brillantes; su reloj, su cadena, los botones de la pechera y el grueso solitario que llevaba en la mano derecha, eran de un valor incalculable.

Estos detalles no se escaparon á la penetracion de la marquesa, que desde luego comprendió tenia que habérselas con un hombre muy rico, acaso con mas dinero que ella; pues en aquel dia habia empeñado sus últimas alhajas.

—Señora: ¡cuánto siento que haya V. tenido que esperar!.... dijo él queriendo echárselas de galante.

—Como me ha negado V. el honor de visitarme en mi casa, he tenido precision de venir á la suya.

—Que desde luego me apresuro á poner á su disposicion.

—¡Mil gracias!

—Puede V. descubrirse sin temor ninguno; he dado órden para que no nos interrumpen, y por otra parte, en esta casa habitamos solos mi anciano tío y yo.

—¿Es tío de V. D. Judas?

—Sí, señora; aquí le tengo para que me desempeñe los negocios, porque francamente, yo no puedo lidiar con tanta canalla como diariamente viene á poner por asalto nuestras arcas.

—¿Luego este negocio es de los dos?

—Es mio, nada mas; y D. Judas me representa.

—¡Ya!.... perdone V. mi sorpresa, muy natural cuando he creido siempre á V. un hombre de poco dinero y dispuesto, por adquirirle, á prestar toda clase de favores.

—Y por eso me buscaba V., ¿no es verdad?

—¡Cierto! exclamó la marquesa.

Aquí la astuta dama comprendió que tendria que echar mano de la coquetería para sacar mejor partido; por lo cual empezó al-

zándose el velo y dejándosele casi encima de la frente como si fuera una toca, para que lo negro del encaje hiciese resaltar la blancura de su rostro.

—A veces las apariencias engañan.

—Sin embargo, V. es poseedor de ciertos secretos que á mí me interesan; y daría cualquier cosa por saberlos.

—¿Serán acaso los que se refieren á D. Severo Pintarroja?

—No, señor; esos los he comprendido ya.

—Entonces V. dirá.....

—Son los que se refieren á cierto misterioso palacio donde estuvo V. no ha mucho tiempo.

—¡Oh, señora! ¡muy enterada está V.!

Tragabombas contempló á la dama unos instantes, creyendo adivinar en sus ojos una provocativa espresion muy impropia de tan opulenta señora.

—¡Hum!.... murmuró para sus adentros; ¡mucho me engaño, ó ésta no es lo que parece!....

En aquel momento la cortina que cubria la entrada de la alcoba osciló visiblemente, agitada por una mano febril; D. Judas estaba detrás, pálido, con el cabello erizado y los ojos fijos con indescriptible ansiedad en la marquesa.

Acababa de reconocer en ella á su antigua amante, la autora infame de todas sus desventuras.



CAPITULO V.

Pedro Torres.



OLVIÓ á sentarse en un sillón la marquesa, que al entrar Tragarombas, se habia levantado, dando frente á la alcoba, de manera que D. Judas pudo reconocerla á poco esfuerzo.

Aquella fisonomía tan interesante como provocativa, estaba tan impresa en el alma del pobre viejo, que á pesar de los años transcurridos desde su aventura con la marquesa, no dudó ni un solo momento.

— ¡Ella es!.... murmuró con las manos crispadas por el dolor y por la cólera. La infame ha conseguido conquistarse un nombre ilustre, una gran posición, mientras que yo vivo en la miseria, sujeto al yugo vil de la servidumbre!.... ¡ah!.... está visto: en el mundo lo que se necesita es audacia y talento para vencer las apariencias: dotes que ella poseía en alto grado; por eso ha hecho fortuna. Empero, ya la encontré..... ¡no se escapará sin mi venganza!.... ahora, paciencia y escuchemos.

Don Judas, que no podía sostenerse en pié porque un temblor

convulsivo recorría todos sus miembros, se sentó en una silla y permaneció en expectativa detrás de la vidriera.

La marquesa continuó diciendo á Tragabombas:

—En nuestra clase, cuando la fortuna nos sonríe y ocupamos una posición elevada, los tiros de la envidia nos hieren con demasiada frecuencia; tenemos mil enemigos que porque no hemos satisfecho su deseo ó su capricho, nos calumnian, nos persiguen y á veces toman venganza de una manera cruel. Estas razones me han movido á buscar una persona bastante enérgica, bastante arrojada para que, sirviéndonos de escudo y de instrumento, se interponga entre la maldad, triunfante á veces por no tener correctivo, y entre nosotros, que indefensos porque no podemos bajarnos á las pequeñeces, oponemos nuestro pecho desnudo á los envenenados tiros de la maléfica envidia.

—¿Y V. buscaba en mí ese hombre?... exclamó Tragabombas contemplándola de hito en hito.

—Sí, señor: lo confieso; pero me arrepiento; pues le juzgué engañada por falsos rumores; hoy, conociéndole mejor, solo me resta brindarle con mi amistad.

—Mil gracias: en ese concepto la serviré; como amigo, tendrá V. en mí un servidor leal; como instrumento pagado, nunca.

—Es V. todo un caballero; y me complazco en darle mi mano de amiga, dijo la marquesa.

—Esta es mi mejor recompensa, exclamó él estrechando la mano que aquella le alargaba. ¡Oh! ¡esta muger es encantadora!... murmuró Tragabombas para sus adentros; pero con todos sus hechizos no me hace renunciar al interés; si no me paga, la vendo.

—Este hombre me conviene; es rico y con tal de tener por amiga á una marquesa, no solo hará cuanto yo quiera, sino que tendré sus arcas á mi disposición, se dijo allá en su interior la astuta dama.

¡Cuánto se engañaba! El alma metalizada del bandido no se rendía tan fácilmente.

—Bien quedamos amigos, dijo sonriendo la marquesa; ¿ahora no tendrá V. inconveniente en ir á verme?

—Ninguno; tendré sumo placer en ponerme á sus órdenes.

—Y yo en recibirle; todas las noches estoy en casa: solo salgo para asistir á fiestas tan espléndidas como la que esta noche ofrece la condesa negra.....

Tragabombas se sonrió con malicia al escuchar el dictado de negra; la marquesa continuó:

—¿Le causa risa este nombre? es el único que la conviene mas que condesa Blanca, puesto que su piel es negra como el azabache.

—Tiene V. razon; me rio por la gracia con que lo ha dicho. ¡Oh! ¡es V. encantadora!...

—Siquiera, tendré el encanto de poder enseñar mi faz á la luz del día sin rodearme de misterios. ¿No le parece á V. muy mitológico, muy de las Mil y una Noches aquella escena en la gótica galería, rodeándose de leones, de aromas, de flores, de luces, de fantásticas cascadas, de esclavos y de armonías, apareciendo en el fondo de tan poético cuadro, como un oscuro borron, sin mas reflejos que los que le prestaban los brillantes que circuian su aterciopelada tez?... Vamos, mi querido Tadeo: hablando con la franqueza de la amistad, ¿qué ha juzgado V. de todo esto?

—Permítame que antes la diga, ¿quién la ha descubierto ese misterio?

—Lo he soñado; y en medio de mi sueño parecióme ver á V. en aquella maravillosa estancia, esperando su turno para presentarse á la audiencia que, dándose la importancia de una reina, concedía esa aventurera.

—Es verdad, allí estaba yo entre otros muchos que solicitaban igual favor. Esta señora, á pesar de su negra tez y de su carácter misterioso, sabe rodearse de un esplendor, de una magestad que impone respeto y admiracion. Puedo confesar á V. que en su presencia se siente uno inclinado á doblar la rodilla.

—Me maravilla que V., de un temple de alma tan vigoroso, tan enérgico, confiese sin ruborizarse semejante humillacion. Yo solamente doblaria la rodilla ante la divinidad ó ante el amor.

—Esta señora participa de ambas cosas; se la juzga una diosa, y se la adora como á una criatura celestial.

—¿A pesar de su negrura?... murmuró la marquesa mordiendo los labios con estremecimiento colérico.

—A pesar de todo, señora.

—¡Cuán afortunada es!....

Tragabombas callaba, mirándola con atencion, comparando allá en su interior la diferencia que existia entre ambas damas, sin embargo de ser una tan negra, y otra tan blanca. La marquesa tambien calló, comprendiendo que si avanzaba demasiado léjos, se esponia á perderlo todo.

—Basta por hoy, exclamó levantándose; espero nos veremos pronto, y le ruego, puesto que este establecimiento es de V., me lleve una notita para saber á cuánto ascienden las cantidades que mi familia tiene tomadas.

—En cuanto á eso, puede V. indicárselo á mi apoderado D. Judas; yo no entiendo de negocios; aguarde V. un momento, le llamaré.

—No hay necesidad, aquí estoy, dijo presentándose en la puerta de la alcoba, lívido y con la aterradora espresion de un horror profundo pintado en su semblante.

La marquesa retrocedió instintivamente dos pasos.

—¡Ese hombre dá miedo!.... murmuró para sí.

—¿Qué deseaba V. saber, señora marquesa? dijo él con voz cavernosa echando mano al libro de asientos.

—¿A cuánto ascienden las sumas adelantadas á mi familia? repuso ella mirándole fijamente como queriendo reconocer aquella fisonomía arrugada y marchita por una anticipada vejez.

—El señor Juan Cortante ruega á V. que tenga la bondad de bajar, dijo la criada desde la puerta del gabinete dirigiéndose á Tragabombas.

—Allá voy, contestó éste; señora marquesa, con su permiso.

—Adios, amigo mio; ¿hasta cuándo?

—Hasta mañana, contestó Tadeo saludándola nuevamente.

Don Judas y ella quedaron solos, mirándose frente á frente con la respiracion anhelosa y una agonía mortal en sus corazones.

El anciano, que aparecia algo encorvado por el peso, mas que de

la edad, de los padecimientos, se irguió rígido, amenazador; adelantó dos pasos, y cogiendo á la marquesa por un brazo, exclamó con una voz enronquecida por la cólera:

—¿Eres tú?... ¡al fin te encuentro!.... ¿no me conoces?... ¿me miras con asombro?... ¡ya se vé!.... como la vejez anticipó su sello sobre mi rostro, nada tiene de extraño que no te acuerdes del hombre á quien has hundido en un mar insondable de amarguras, en una desesperacion sin límites!....

—¿Quién es V.?.... sin duda se engaña, me confunde con otra...

—No me engaño: tú eres Cristina Guanter; y sino, dígalo la cicatriz que en un momento de arrebato te hice sobre la oreja izquierda; D. Judas, diciendo esto, apartó el velo de su rostro, y arrastrándola con violencia hácia el balcon para que la claridad diese de lleno en su cara, descubrió la cicatriz, y señalándola con el dedo, continuó:

—Hé ahí bien patente el sello de tu infamia y de mi desgracia; aun conservo el hierro con que la hice.

—¡Usted se engaña, miserable!.... esta cicatriz me la hizo el peluquero al rizarme el pelo; y yo nada tengo que ver con V., ni le he visto jamás.

—¿Lo niegas? ¿tienes atrevimiento para tanto?....

—¡Caballero! basta ya; si V. no sabe respetar á una señora, se lo haré aprender por conducto de mis lacayos, que me aguardan abajo.

El tono imperativo, el ademan que la marquesa tomó, contuvieron un tanto la efervescencia del anciano.

—¿Si me habré engañado?.... murmuró para sí; pero no, es imposible.

Ella, aprovechando aquel momento de vacilacion en que pudo desprenderse de los rudos dedos del anciano, que la oprimian como una tenaza de hierro, se salió á la sala con un rápido movimiento.

—¿Huyes?... ¡Oh! ¡eso te pierde!.... no me engañó el corazón.

La marquesa no le contestó porque ya estaba en la escalera é iba diciendo para sí:

—¡Otro contratiempo!.... ¡Válgame Dios! ¡cómo me persigue la desgracia!.... ¿Por dónde viene ahora Pedro Torres, mi primer amante, á convertirse en un D. Judas Cataratas?

Salió á la calle, tomó el coche que la esperaba y se dirigió á su casa con rapidez. Entretanto Tragabombas subió enseguida, creyendo encontrarla todavía, y exclamó viendo á D. Judas pálido y trémulo aun por el coraje:

—¿Se ha marchado?... ¿qué ha sucedido?... esa palidez.....

—Me ahoga la indignacion.

—¿Por qué?... veamos qué motivo.....

—¡Calla y escucha! murmuró el anciano haciéndole sentar en un sofá; luego exclamó con voz acentuada y breve: Esa muger que acaba de salir, era, cuando tenia quince años, una niña hermosísima, cándida, pura y con la inocencia de los ángeles. Vivía en Búrgos; allí estaba yo con mi muger y con mis hijos, que á pesar de su cariño y de su tierna solicitud, no pudieron arrancar de mi pecho la insensata pasion que me inspiró esa víbora.

—¿Ella?... ¿Usted sabe que esa señora es la marquesa de Blancarosa?

—La conozco únicamente por Cristina Guanter, hija del sastre Adalberto Guanter, que vivian en Búrgos hace veintidos años.

—Cuidado con engañarse.

—Tengo seguridad de lo que digo; y aunque me faltan pruebas, tú las encontrarás; pues segun la conversacion que con ella has tenido, preveo el destino que te aguarda en su corazon.

—¡Mucho decir es!....

—Quiero hacerte un gran servicio refiriéndote su historia, para que no te dejes coger en sus artificiosas redes.

—Ya escucho, prosiga V. pronto, que estoy impaciente.

—Enamorado con furor de ella y subyugado por sus encantos, por sus dulcísimas caricias, me dejé arrastrar por el camino de la perdicion, y siguiendo esta senda fatal, abandoné mis hijos, mi muger, mi casa y mis deberes, viniéndome con ella á Madrid,

donde me figuré encontrar en sus brazos un paraíso de inefables delicias. ¡Cuánto me engañaba! pronto la tórtola amante se convirtió en serpiente venenosa.

A los pocos meses de vivir juntos en amigable consorcio y disfrutando una envidiable felicidad, supe que tenía otro amante; espié sus pasos, descubrí la verdad, y entonces ella, viéndose perdida, huyó de mi lado.

La busqué en vano por todas partes..... no la encontré; hasta que un día, uno de mis amigos íntimos, el conde del Olivo, me ofreció presentarme á una linda dama llamada Rosa, á la cual amaba con delirio, creyéndola cándida y angelical como sabía fingirlo. En efecto fui; y ¿cuál sería mi sorpresa al reconocer en la Rosita de mi amigo, á mi prófuga amante, la infame Cristina Guanter?... ¡Oh! aun tiemblo al recordar aquella escena; el furor me cegó; confesé lo que entre los dos habia mediado y me vengué de ella, no á mi gusto, porque me lo impidió el conde, sino de una manera bastante leve para el castigo que merecía.

—¿Qué la hicisteis?

—Cortarla el cabello, que conservo con cuidado, y marcar su oreja izquierda con un hierro candente; cuya cicatriz acabo de ver ahora mismo.

—¿La tiene la marquesa?

—Indeleble: no se borrará en toda su vida; aunque desde luego no dudé, esto me ha hecho reconocerla mejor.

Tragabombas, apoyando la barba en la palma de la mano, se habia quedado pensativo. Aquella historia acababa de despertar en su alma una porcion de pensamientos que dormian.

Entretanto la marquesa llegó á su casa, preocupada sí; mas no abatida, porque el temple de su alma era demasiado fuerte para abatirse por tan poca cosa.

Su hijo la esperaba en su gabinete; apenas la vió, la dijo:

—Aquí tienes, mamá, dos invitaciones; una para tí y otra para Cristina; buen trabajo me ha costado conseguirlas.

—¿Y mis joyas? le dijo la marquesa.

—¡Toma! por allá se han quedado; acaso no las veas mas; se las

tuve que dar al pícaro usurero que me ha vendido estos billetes, los cuales habrá él adquirido por una friolera, de cualquier criado de la casa.

—¿Y cómo se llama ese hombre?

—Don Judas Cataratas, contestó con impasibilidad Clodomiro.

—¿Y dices que á cambio de las joyas te ha dado las invitaciones? ¿no te ha devuelto ninguna cantidad?

—Absolutamente, mamá; créeme, es un bribon que merecia ir á la horca.

—Ya lo creo que lo merece, y tú con él.

—¡Yo!.... ¡me gusta!.... ¡está bueno esto!.... si es esa la recompensa que me das por haber corrido como un loco hasta la calle de Lavapiés, te lo agradezco.

—Ya lo creo; has corrido por coger doscientos duros para tus vicios, despojándome de esas joyas que tanta falta me hacian para el baile de esta noche.

—¡Doscientos duros!.... vamos, mamá, tú sueñas..... ¿quién te ha contado semejante paparrucha?

—No han tenido que contármela: la he presenciado yo.

—¡Tú!.... ¡no lo comprendo!.... cada vez me confundo mas.

—Es muy fácil de comprender; ¿recuerdas una dama tapada con un espeso velo, que habia en casa del prestamista?

—¡Hola!.... ¿luego no tenias confianza en mí y espiabas mis pasos?

—Justamente; siempre te he creido un calavera, un hijo indigno; pero no te consideraba tan malvado ni tan infame.

—¡Mamá, mira que me insultas!....

—Lo mereces.

—No, señora, no lo merezco; yo tengo como tú mis necesidades: me hallaba sin fondos y no tuve mas remedio que apelar para adquirirlos al primer recurso que se me ha presentado.

—Pues no te ha de valer, porque los necesito yo; vengan aquí inmediatamente.

—¿Los doscientos duros?.... ¡Eso sí que no!.... exclamó el jó-

ven dando un salto desde el sofá en que se hallaba sentado, hasta ganar la puerta del gabinete.

—¡Clodomiro!.... gritó la marquesa frenética; ¡no me hagas desesperar! venga ese dinero.

—¡Nunca!.... ¡nunca!.... eso sí que no lo consigues, dijo el aturdido jóven corriendo como un loco por todas las habitaciones de la casa hasta salir á la calle.

—¡Oh! ¡todos!.... ¡todos mis hijos son unos infames!.... no tengo á quien volver la cabeza!.... gritó la marquesa desesperada, arrojándose sobre una butaca.

—Se parecen á V., señora, dijo el marqués presentándose en el gabinete con unos papeles en la mano.

La marquesa alzó la cabeza y le miró estupefacta; hacía mucho tiempo que no se habian visto.



CAPITULO VI.



Convenio matrimonial.



ÁLIDO, delgado y abatido estaba el marqués; en pocos dias habia enflaquecido notablemente; sus ojos tristes se elevaban al cielo con frecuencia. ¡Ab! cuando las miradas se dirigen al cielo, es que la conciencia empieza á lanzar su poderoso grito.

Don Alvaro vivió siempre dichoso, habiendo disfrutado sin tasa los goces con que le brindaba su posicion y su opulenta fortuna. Empero esto tenia que cesar indudablemente; su casa vino á menos, los acreedores le asediaban, las deudas crecian, los gastos se multiplicaban y la maledicencia, cebándose con encono en su familia, empezaba á designarlos con epitetos asaz injuriosos y mal sonantes.

La escena que tuvo lugar cuando la marquesa sorprendió á Tránsito y á Ildemaro, la que siguió despues con su madre, la fuga de Tránsito, y los amores de la marquesa con Maravillas, todo esto, visto y comentado por los criados, empezó á divulgarse, desfigurando los hechos y haciendo á la familia de Blancarosa el blanco

del público desprecio y de los envenenados tiros de la maledicencia.

Además de esto, lo que mas aterraba al marqués era la inminente ruina que preveía sobre su cabeza; tenía tomadas á préstamo gruesas cantidades, y de tal manera habian crecido en poco tiempo sus apuros, que apenas de su rico patrimonio le quedaba libre alguna que otra finca.

Tambien sufrió muchísimo al comprender toda la infame perversidad que encerraba el corazón de su muger, desengañándose por completo cuando en el palacio de Blanca vió descubiertos sus amores con Maravillas y se encontró frente á frente con Ildemaro, presentado por su mismo padre el conde del Olivo.

Este fué un golpe cruel; llegó á su casa, y sin hablar una palabra, se encerró en su cuarto, no volviendo desde aquel día á ver á la marquesa hasta el momento en que le hemos visto tan oportunamente presenciar su desesperacion y la rápida fuga de Clodomiro.

Ella comprendió que no sin un motivo poderoso abandonaba su retiro, y se apresuró á preguntarle:

—¿Qué hay? ¿ocurre alguna cosa?

—¿Te estraña mi presencia aqui? dijo él mirandola con desden y ocupando un asiento cerca del divan donde ella habia caído poco antes sofocada por su colérico arrebató.

—Sí, te lo confieso; desde que la concordia ha concluido por alterarse en esta casa, creo que nos miramos tú y yo con una marcada aversion.

—Es verdad; por mi parte, puedo decirte que solo siento hácia tí un desprecio profundo.

—Y yo, no solo desprecio, sino un ódio sin límites, exclamó la marquesa con ira.

—Lo creo; y por las pruebas de fidelidad que me has dado, se comprende muy bien.

—¿Qué objeto te trae á mi gabinete?.... ¿acaso el de insultarme?

—No á fé; aunque debiera, no insultarte, sino castigarte severamente segun mereces por tus infames maldades.

—Acabemos de una vez, ó saldré de esta casa para no volver á ella jamás.

—Vengo á que arreglemos nuestros asuntos sin escándalos, sin dar publicidad; quiero que á la faz del mundo nos vean unidos, porque así conviene á nuestros intereses y al honor de nuestros hijos y de nuestra casa.

—¿Y qué quieres decir con eso?

—En una palabra, que vivamos separados en la casa, unidos en la calle y en sociedad.

—¿No lo estamos ya? hace mas de quince dias que no nos vemos.

—Sí, pero se nos juzga desunidos y la maledicencia se ceba en nosotros, hiriéndonos sin piedad; conviene cubrir las apariencias aparentando una armonía que estamos muy léjos de sentir, porque de este modo nuestros hijos no perderán nada: Tránsito podrá volver, y tanto ella como Cristina encontrar una colocacion conveniente á su clase.

—Tránsito no volverá; sin embargo, he procurado esparcir la voz de que se halla en el campo con unas amigas, y creo que nadie sospecha el verdadero motivo de su fuga. En cuanto á Cristina sí quisiera casarla lo mas pronto posible, antes de que puedan hacerla daño los rumores de nuestro desconcertado matrimonio.

—Y los de nuestra próxima ruina; porque la verdad es que tus locos gastos en bailes, conciertos y galas han dado al traste con nuestra fortuna, y hoy nos vemos casi en vísperas de una derrota; por eso quiero que nos unamos, volviendo á la sociedad, donde afirmaremos amistades, conseguiremos otras nuevas y veremos de rehabilitarnos.

—Bien; yo me asocio á todo cuanto pueda redundar en nuestro beneficio, dijo la marquesa, acercándose al sitio que ocupaba el marqués. Éste la dió los papeles que tenia en la mano y la dijo:

—En este caso, hé aquí las invitaciones que acabo de recibir en nombre de la condesa Blanca la Estranjera; esta magnífica fiesta será la primera en que dará principio nuestro acuerdo.

—¿Nos ha convidado esa aventurera? exclamó la marquesa con asombro; pues no esperaba semejante muestra de atencion.

—Sí, hoy he recibido las papeletas y te las traigo para que te prepares; nos conviene tratar á tan opulenta dama, y mas cuando esta noche se dará sin duda á conocer presentándose á la buena sociedad de Madrid.

—Y conseguirá ponerse en moda á pesar de su negra tez; ¡es tan caprichoso el mundo! exclamó la marquesa con una marcada expresion de envidia que se pintaba en su rostro.

—Allá veremos lo que sucede; por de pronto me considero muy favorecido con que haya pensado invitarnos.

—Yo de todos modos hubiera ido; pero me complace mas de este modo, porque así tendremos ocasion de tratarla.

—Corriente, quedamos conformes: indiferentes en la casa; esposos en sociedad; adios, señora.

El marqués se levantó.

—¿Pero tan pronto me dejas? exclamó ella, que á todo trance queria estar bien con su marido, comprendiendo que en los disgustos del matrimonio, aunque la muger sea inocente, siempre sufre las consecuencias.

—He concluido cuanto tenia que decirte, y me retiro porque tu presencia ha llegado á serme tan odiosa, que la evitaré todo lo posible; adios, dijo el marqués con desabrido tono.

—¡Qué desgraciada soy!... exclamó ella cubriéndose la cara con las manos y fingiendo una gran afectacion; pero inútil, porque su marido ya no la oia.

Este entró en su gabinete, donde le aguardaba fray Severo.

—¿Tú por aquí, amigo mio? exclamó D. Alvaro.

—Sí, querido marqués; vengo á buscar refugio en tu casa, porque tambien en la mia ha llegado á penetrar la condesa de Paraná, exclamó con hipócrita tono.

—¿Qué dices?... ¡Oh! ¡esa sombra nos persigue por todas partes! ¡Hoy que me juzgaba feliz, hoy que soñé encontrar á la hermosa desconocida cuyo recuerdo me persigue incesante, viene á turbar mi dicha esa funesta pesadilla!....

—¿De quién hablas?

—De la hermosísima dama que en una misera buhardilla de la calle de la Montera regaló un millón de reales á una familia indigente.

—¿Aun la amas?

—Desde aquel día no he podido apartar su imágen de mi corazón; te confieso que la esperanza de verla, me hizo penetrar furtivamente en el palacio de Blanca, y quedé chasqueado al ver una negra en lugar de la bellísima dama con quien soñaba. Empero, acaso esta noche consiga mi deseo. Vamos á esa gran soirée con que la Estranjera nos obsequia, y allí, recorriendo todos los salones, buscaré á mi desconocida, sabré quién es, cómo se llama, y ya que otra cosa no sea, tendré siquiera la dicha de conversar un rato con ella.

—¡Triste esperanza!.... vosotros los hombres de corazón, de pasiones ardientes, sufrís mil tormentos y multitud de deseos que no conocen los que como yo buscan solo los placeres en los goces de la fortuna, del interés y del mando..... porque francamente, mis aspiraciones no son otras que elevarme, á fuerza de dinero y de ingenio, á una silla ministerial.

—Si te empeñas en ello, lo conseguirás.

—Ya lo creo; por seguro lo tengo si triunfa el partido carlista; lo que vá teniendo muchas probabilidades.

—Es verdad que tú eres un conspirador acérrimo, enemigo declarado de Isabel II, y humilde servidor del Infante rebelde.

—Así es la verdad; nadie lo sabe mas que tú, porque estás enterado de mis secretos como yo lo estoy de los tuyos. ¡Ah! ¡si vieras á veces qué ratos paso tan malos!.... sobre todo cuando los conspiradores se reúnen en mi quinta, á pesar de ir en las altas horas de la noche, y de estar en el campo, siempre temo me descubran, porque los satélites del gobierno andan muy listos.

—¿Y luego tendrás muchos gastos?

—Infinitos; pero ¿qué importa, si han de servir para elevarme al puesto que anhelo?.... y una vez en él, yo me reintegraré con usura de todas mis pérdidas.

—Aquí los bienes de Alvarez Leal juegan un gran papel.

—Ya lo creo; ellos lo pagan todo.

—Y si un día esos niños, puesto que los tres viven y saben su nombre, te piden cuentas?

—Entonces escapo al extranjero, protegido por D. Carlos, y no me vuelven á ver por acá.

—Si la sombra de la condesa no te se pone delante, dijo el marqués estremeciéndose.

—Tienes razon, contábamos sin la huéspedá, exclamó D. Severo quedándose pensativo.

—Pero aun no me has contado su aparicion en tu casa.

—Escúchame pues: desde que se me apareció en el portal de Tragabombas, no volví á verla hasta que milagrosamente nos salvó de las garras de la justicia, en el misterioso palacio. Vuelto á mi casa, empecé á pensar en los medios de apoderarme de esos tres niños; ocupándome al propio tiempo en realizar los bienes, esconder mis joyas y cuantos objetos tengo de valor, á fin de estar prevenido, y en cuanto la tempestad estalle, poner en planta mi proyecto.

—¿De escape? repuso el marqués con malicia.

—Justo; á la primera señal de alarma, desaparezco de Madrid con toda mi fortuna.

—Prosigue tu aventura.

—Pues bien: encontrábame anoche en mi cuarto, que como sabes, no tiene mas muebles que una mesa, seis sillas y un gran lienzo de la Soledad, cuando me pareció sentir un pequeño ruido á mi espalda. Eran cerca de las dos de la mañana; mi vieja ama de llaves y el fámulo que nos sirve, dormian desde las ocho, y yo, entretenido en recoger en un cofrecito mis papeles mas interesantes y mis últimas joyas, dejé correr el tiempo sin apercibirme de su transcurso.

Al escuchar aquel movimiento extraño, me volví con rapidez, muy léjos de figurarme que hallaria detrás de mí, severa y altiva, la aterradora sombra de la condesa.

La puerta del cuarto estaba cerrada, la de la alcoba tambien, y

además, situadas enfrente de mí, las hubiera visto abrirse si por allí hubiera entrado; esto fué lo que mas me aterró. Los balcones tambien estaban cerrados.

—¡Oh! si no hay que dudar: ¡es el alma de la condesa que vaga por el mundo! dijo D. Alvaro con supersticioso temor.

—Yo quedé mudo de espanto: me levanté de la silla y fuí retrocediendo paso á paso hácia la puerta de la alcoba. Ella adelantó, y con esa voz sepulcral que nos hace estremecer, exclamó:

—«No tiembles: mientras no persigas á los huérfanos de Alvarez Leal, nada tienes que temer; y advierte que leo en el fondo de tu conciencia como en un libro abierto.»

Al decir estas palabras, estendió el brazo; la luz se apagó, y me encontré envuelto en una completa oscuridad. Dí un agudo grito que resonó en toda la casa y que hizo poner en movimiento á mi reducida servidumbre.

Llegaron con luces; la vision habia desaparecido, sin saber por dónde, y con ella desapareció tambien el cofrecito con mis documentos mas interesantes, que en el momento de mi confusion dejé sobre la mesa.

—¡Qué cosa mas estraña!... ¡sabes que eso me dá en que pensar!... dijo el marqués caviloso.

—Y á mí tambien; pero mis ideas se confunden; encuentro en esa aparicion un misterio profundo, una cosa sobrenatural que me pasma, me aturde y no puedo explicarme.

—¿Y las puertas de tu habitacion estaban cerradas cuando entraron con las luces? preguntó el marqués.

—Sí; por ninguna de ellas pudo salir ni entrar; en la de la alcoba hallábame yo apoyado; la otra tenia la llave echada, y permaneció del mismo modo.

—¡Oh! es maravilloso, y sobre todo la desaparicion de los papeles. Si ella es un espíritu, una sombra; si lee en el fondo del alma, ¿para qué quiere pruebas materiales?... Y si por el contrario fuese una criatura real y verdadera, ¿cómo se introduce en todas partes?... ¿por dónde entra?... ¿quién la revela nuestros mas secre-

tos arcanos?... ¿quién la inicia en los tenebrosos pensamientos de nuestras almas?....

—Todas esas reflexiones me las hago mil veces, y no encuentro solución posible; y si en ello pienso muchas veces, concluiré por volverme loco; así pues, dejémoslo, querido marqués, y hablemos de otra cosa.

—Corriente: hablemos de la gran fiesta de esta noche; y apropiado, ¿quieres acompañarnos?

—A mí no me han invitado, dijo fray Severo.

—¿Pero te alegraría ir? interrogó el marqués.

—Desde luego; siquiera por conocer tanta suntuosidad.

—Entonces, vendrás conmigo; pues la señora condesa se ha dignado mandar una invitación á mi nombre y seis en blanco, sin duda para mi familia; pero que llenaremos con los nombres que nos plazcan.

—Y dime: ¿conoces el programa de la fiesta?

—Sé que por uno de esos caprichos muy frecuentes en la opulenta negra, las señoras podrán cubrir su rostro con un antifaz; pero solamente desde las doce hasta las dos, hora en que deberán quedar descubiertos todos los rostros.

—Alguna idea se lleva con esto.

—Yo creo que la de ocultar su faz, para desaparecer luego con cualquier pretexto; pues por mas que varios aseguran nos hará esta noche la gracia de darse á conocer, yo imagino lo contrario.

—Somos de una misma opinion; ha llegado á crearse una reputación envidiable; sus grandes obras, sus magníficos rasgos, su fausto régio, su esplendidez, todo en fin, hasta el mismo afán con que se oculta, han llegado á interesar tan vivamente la pública curiosidad, que todo el mundo anhela conocerla; y cada cual la ha poetizado allá en su mente creyéndola una divinidad, una maga encantadora, que se esconde por causar despues una revolución con su sorprendente presentación.

—Pues los que se la imaginen una diosa y se hallen luego con una figura negra y oscura como la noche, han de sufrir un golpe